

Las «entradas reales» castellanas en los siglos XIV y XV, según las crónicas de la época

1. LAS ENTRADAS REALES EN LAS CIUDADES

Mejor que las pompas excepcionales que suponían las bodas, bautizos, funerales o coronaciones reales, llenos de significación política, el sentimiento monárquico se mostró claramente en la Baja Edad Media en las numerosas entradas que el rey, viajando por todo su reino, hacía en todas sus ciudades y villas. Una entrada podía ser más modesta que las celebraciones antes mencionadas, pero un rey, a lo largo de su reinado, hacía docenas de entradas que sin duda aseguraban más su trono que la coronación. Además, las primeras eran convocadas por el mismo rey, siendo los asistentes meros testigos; mientras que en las segundas, por el contrario, contaba la voluntad real y la tradición, pero eran los ciudadanos los que la organizaban y participaban en ella. Era la ocasión de un encuentro entre un rey más próximo y unos súbditos menos pasivos¹.

Aunque la primera entrada de cada rey en cada ciudad estaba revestida de una especial significación, como más adelante veremos, en todas las entradas reales el rey aparecía en toda su gloria y la lealtad de los ciudadanos y sus autoridades se manifestaba, lo cual era todo un acontecimiento importante de la vida política del reino. Como escribe Palencia, el rey entraba «entre la pompa de los festejos, el lucido sequito de los Grandes e inmenso concurso del pueblo»².

¹ Bernard GUENEE y Françoise LEHOUX: *Les entrées royales françaises de 1328-1515*, París, Ed. du Centre National de la Recherche Scientifique, 1968.

² Alonso de PALENCIA: *Crónica de Enrique Cuarto*. Trad. castellana por A. Paz y Meliá, Madrid, 1904-1908, tres vols., dec. I, lib. IX, c. 5.

Era un verdadero triunfo político, como lo demuestran las crónicas³: a la vez regocijo popular, ritos de acción de gracias y de sumisión, de cordialidad y de fidelidad a la manera feudal, cuando el rey regresaba de una campaña victoriosa, hacía su primera entrada o simplemente visitaba provincias apartadas para afirmar el poder político⁴.

Las entradas reales evocaban el famoso derecho de albergue. El rey y su numeroso séquito eran alojados siempre de un modo suntuoso y recibían, además, presentes importantes: alimento para el resto del viaje, manteles y vajillas, etc.; presentarle los regalos al rey constituía una parte importante de la ceremonia y seguramente la más costosa⁵. La entrada, pues, era un acto de sumisión y de ofrenda⁶.

LAS ENTRADAS REALES EN TIEMPOS DE GUERRA Y EN TIEMPOS DE PAZ

En la baja Edad Media castellana nos encontramos ante diferentes tipos de entradas según los avatares políticos que acontecían.

De otra manera, se pueden distinguir las efectuadas en tiempos de paz, en las que los elementos predominantes eran el carácter de sumisión y los diversos festejos organizados para honrar al rey⁷. Las realizadas durante las guerras civiles, en las que el rey al entrar juraba guardar los privilegios, fueros y costumbres de la ciudad, tras lo cual era acogido⁸. Y, por último, las acontecidas al regreso de las victoriosas campañas reconquistadoras, en las que el triunfo y las ale-

³ PALENCIA (*op. cit.*, II, I, c. 8) describe la entrada de Enrique IV en Segovia en 1469: «...entró... precedido de gran multitud de ciudadanos y de pueblo, entre aclamaciones, públicos regocijos y las acostumbradas ceremonias del clero...»

⁴ *Crónica del Rey Don Alfonso el Onceno, Crónicas de los Reyes de Castilla*, t. I, Madrid, Ed. Atlas, 1953, c. 109, 134, 137 y 176. Diego de COLMENARES: *Historia de la Insigne Ciudad de Segovia*, t. I, c. 23, Segovia, Academia de la Historia y Arte de San Quirce, 1965. CARRILLO DE HUETE: *Crónica del Halconero de Juan II*, c. 259 y 285, ed. M. Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1946. Lope de BARRIENTOS: *Refundición de la Crónica del Halconero*, c. 18, ed. M. Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1946. PALENCIA: *Op. cit.*, II, VIII, c. 8. GALÍNDEZ CARVAJAL: *Anales Breves del reinado de los Reyes Católicos, 1515*, Crs. Re. Cast., t. III. Hernando del PULGAR: *Crónica de los Reyes Católicos*, 2.^a parte, c. 35, Crs. Re. Cast., t. III. Alonso de SANTA CRUZ: *Crónica de los Reyes Católicos*, t. II, c. 43 y 61, ed. M. Carriazo, Sevilla, 1951. Jacques HEERS: *Fêtes, jeux et joutes dans les sociétés d'Occident à la fin de Moyen Age*, Montreal, 1971, c. I, pp. 13 a 45.

⁵ HUETE: *Op. cit.*, c. 262. GUENEE: *Op. cit.*, pp. 9 y 10.

⁶ HEERS: *Op. cit.*, pp. 13 a 45. PALENCIA: *Op. cit.*, I, III, 9; lib. 8, Gran.

⁷ *Crónica de Pedro I*, Crs. Re. Cast., I, 1366, 6. CARVAJAL: *Crónica de Enrique IV*, estudio Torres Fontes, Murcia, 1946, c. 16. Diego de VALERA: *Memorial de Diversas Hazañas*, c. 7, Crs. Re. Cast., t. III.

⁸ LÓPEZ DE AYALA: *Crónica del Rey Don Pedro, 1366*, c. 6 y 15. VALERA: *Op. cit.*, c. 44. CARRILLO DE HUETE: *Op. cit.*, c. 307, 310 y 312. PÉREZ DE GUZMÁN: *Crónica del Príncipe Don Juan II, 1450*, c. 1, Crs. Re. Cast., t. II. PALENCIA: *Op. cit.*, I, IX, c. 6; II, I, c. 8, y II, II, c. 2.

grías eran desbordantes⁹; así, cuando Fernando de Antequera, en la menor edad de Juan II, al regresar victorioso de la lucha contra los moros, «entró en Sevilla encima de un caballo castaño muy grande é muy hermoso, á la brida, armado de cota é brazales, vestido de un aceytuní brocado de oro. E iba a su man derecha el conde de las Marchas, é á la izquierda el Condestable; y el Adelantado Perafan llevaba delante la espada del Rey Don Fernando»; los frailes agustinos le esperaban con la Cruz, que besó y adoró, «... é de allí el Infante cavalgó é fué por la cibdad, donde halló á todos los senores de la Iglesia que le salieron á recibir con procesión é cantos de alegría, dando gracias á Dios por la victoria que le había dado de los enemigos de la Sancta Fe, é allí hizo oración, é adoró la Cruz... é todavía los clérigos antél en procesión, rezando é cantando el “Te Deum laudamus”»¹⁰.

NOTIFICACIONES Y PREPARATIVOS PREVIOS

La inminente entrada del rey en una ciudad se anunciaba por medio de mensajeros, que ponían al tanto a las autoridades de la fecha de llegada. En tiempos de desorden o guerras nobiliarias, durante las minorías de los reyes castellanos, los tratos de acogida o no del monarca solían ser largos y dificultosos¹¹. Otras veces era la misma ciudad la que enviaba a notificar al rey que sus puertas estaban abiertas para recibirle¹².

Los preparativos previos, una vez decidida la entrada, eran complejos. El rey enviaba el pendón real y a sus aposentadores para que fueran disponiéndolo todo¹³. Las habitaciones reales y del numeroso séquito debían estar preparadas, los caminos y puentes reparados y, sobre todo, las calles limpias¹⁴ y cubiertas de arena o de hierbas que eran esparcidas antes de la llegada del monarca. También se disponía que cada ciudadano cubriera su casa con paños, lo más ricos que ser pudiera, y prestara algunos a los pobres; paños de diferentes colores y calidades, en honor del rey, al mismo tiempo que la ciudad se veía inundada con los estandartes reales¹⁵.

⁹ *Crónica del Rey Don Fernando IV*, c. 17, Crs. Re. Cast., t. I. *Crónica de Alfonso el Onceno*, cs. 253 y 336. LÓPEZ DE AYALA: *Op. cit.*, 1362, c. 12. VALERA: *Crónica de los Reyes Católicos*, c. 70, ed. M. Carriazo, Madrid, 1927.

¹⁰ PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, c. 55 (prólogo).

¹¹ Diego de COLMENARES: *Op. cit.*, t. I, c. 23.

¹² *Crónica de Don Alfonso el Onceno*, c. 34. CARRILLO DE HUETE: *Op. cit.*, c. 310. PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1420, c. 46. ENRÍQUEZ DEL CASTILLO: *Crónica del Rey Don Enrique el Cuarto de este nombre*, Crs. Re. Cas., t. III, cs. 71 y 111.

¹³ Diego de COLMENARES: *Op. cit.*, t. I, c. 23.

¹⁴ Bernard GUENEE: *Op. cit.*, p. 21.

¹⁵ Cuando Alfonso XI entró en Sevilla, a su regreso de la vega granadina, «falló las calles por do él avía de ir todas cubiertas de paños de seda et de oro,

Colmenares refleja las disposiciones que, con motivo de la llegada del archiduque Felipe y de la princesa Juana en 1502, se hicieron en Segovia: «Primeramente, que todos procuren vestir lo más lucido que puedan; y los que hicieren vestidos, sean de colores claros, para mayor muestra de alegría... Que todo el recibimiento sea de gente bien lucida, y ordenada, convocando los continuos, y gente de caballo de la comarca... que sean recibidos con palio de brocado, y en la Yglesia mayor los reciba el Cabildo; ...que las calles se adornen, y las fiestas, y regocijos se celebren con la mayor muestra posible de contento... Que los hospedajes de los extranjeros sean con amor y regalo...»¹⁶.

PRINCIPALES ELEMENTOS

Los cronistas también nos hablan de los diferentes elementos que conformaban una entrada real. Por supuesto, no todas contenían todos y cada uno de ellos; la mayoría de las veces eran simples y breves. Es más, ningún testimonio cronístico nos menciona todos ellos en una misma entrada real en una ciudad del reino.

El uso y la costumbre, así como los avatares políticos, podían obligar al monarca, antes de efectuar su entrada, a prestar juramento de mantener y guardar los derechos, libertades y privilegios de la ciudad; esto solía ocurrir cuando el rey efectuaba su primera entrada en la ciudad que le acababa de proclamar como tal o en las villas de provincias apartadas, como Vizcaya¹⁷. La comunidad ciudadana podía responder con otro juramento. Estos actos se realizaban en la puerta principal de la ciudad, lógicamente.

En todo caso, se le ofrecía un discurso de bienvenida. Así, cuando Isabel I entró en Sevilla en 1477, junto a la puerta de la Macarena «escuchó el elocuente discurso pronunciado en nombre de la ciudad por Don Alonso de Velasco, a la sazón el más fecundo de todos los nobles, y que aquel día... hizo gala de sus mejores dotes oratorias»; Palencia sigue contando que la reina «concedió al punto cuanto se la pedía y confirmó con juramento los privilegios otorgados por sus progenitores a la importante ciudad...»¹⁸.

et las paredes destas calles eso mesmo: et en cada una de las casas posieron cosas que oían muy bien, las mejores que podieron aver» (*Crónica de Alfonso XI*, c. 50).

¹⁶ Diego de COLMENARES: *Op. cit.*, c. 35.

¹⁷ Mariano QUINTANILLA: «Segovia y la coronación», *Clavileño*, pp. 35 a 41, Madrid, 1950. Alonso de SANTA CRUZ: *Op. cit.*, t. II, c. 43. D. de COLMENARES: *Op. cit.*, t. I, c. 27. PALENCIA: *Op. cit.*, II, IV, c. 5, id. *Libro de la Guerra de Granada*, II.

¹⁸ QUINTANILLA: *Op. cit.*, pp. 29-33. PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1415, c. 2. PALENCIA: *Op. cit.*, III, XXIX, c. 8; Lib. II de la guerra de Gran. y dec. III, XXIX, c. 10.

Después, el monarca recibía los regalos de que era objeto. Estas ofrendas eran de muy diversa índole: viandas, servicios y mantenimientos, caballos ricamente adornados y todo tipo de presentes y dádivas¹⁹. Andrés Bernáldez cuenta cómo cuando los Reyes Católicos visitaron en 1481 el reino de Aragón «les fizieron muy solenes recibimientos e dádivas, assí los concejos de las cibdades como los cavalleros e mercaderes, e los judíos e los moros, sus vasallos...»²⁰.

Acto seguido, el rey se dirigía a hacer oración a la iglesia mayor de la ciudad²¹, ante la cual era recibido por los grandes prelados, clérigos y frailes, en solemne procesión, como «costumbre muy aprobada en estos reinos»²²; pero antes de penetrar en ella, era posible que los clérigos le pidieran que jurara guardar sus privilegios y defenderla de sus enemigos²³.

Regalos, juramento y oración podían estar seguidos de una cena y debían estar seguidos de regocijos y festejos más o menos duraderos, sobre los cuales los cronistas hacen numerosas menciones, si bien no muy detalladas en la mayoría de los casos. Así, se organizaban corridas de toros²⁴, justas, torneos y juegos de cañas²⁵, cacerías²⁶, ceremonias de armar caballeros²⁷, danzas²⁸ y todo tipo de alegrías²⁹.

¹⁹ *Crónica de Fernando IV*, c. 17; LÓPEZ DE AYALA: *Crónica del rey don Enrique Segundo*, c. 10 (1395); íd. *Crónica de Pedro I*, c. 6 (1355). C. DE HUETE: *Op. cit.*, cs. 100 y 307. *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, cs. 2 y 39, Ed. M. Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1940; PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, c. 55 (prólogo), c. 12 (1415), c. 46 (1420), c. 14 (1415) y c. 7 (1435). Diego de VALERA: *Mem. Div. Haz.*, cs. 7, 51 y 93. BERNÁLDEZ: *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, c. 211, Crs. Re. Cast., t. III.

²⁰ BERNÁLDEZ: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, c. 46, ed. M. Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.

²¹ *Crónica de Fernando IV*, c. 17; *Crónica de Enrique II*, c. 10 (1395); *Hechos...*, c. 39; C. DE HUETE: *Op. cit.*, 100 y 309; P. DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 55 (prólogo).

²² PALENCIA: *Op. cit.*, I, IX, 5; ver también SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, 14.

²³ B. GUENEE: *Op. cit.*, pp. 10 y 11.

²⁴ M. GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla* (Madrid, 1922-1928, tres vols.), vol. I, Cuentas: CV y CVI. AYALA: *Crónica de Pedro I*, c. 6 (1351). ENRIQUEZ DEL CASTILLO: *Op. cit.*, c. 14. *Hechos del Condestable...*, cs. 2 y 39. PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, c. 3 (1424), c. 3 (1436) y c. 1 (1450).

²⁵ C. DE HUETE: *Op. cit.*, cs. 100, 126 y 127. P. DE GUZMÁN: *Op. cit.*, c. 3 (1424). E. DEL CASTILLO: *Op. cit.*, c. 14. VALERA: *Mem. Div. Haz.*, c. 13. PULGAR: *Op. cit.*, 2.^a parte, c. 103. COLMENARES: *Op. cit.*, II, c. 31; *Crónica Incompleta de los Reyes Católicos* (1469-1476), tit. 20, Madrid, estudio de Julio Puyol, 1934; *Cronicón de Valladolid*, pp. 92 a 94, Colección de Documentos Inéditos, tomo XIII; *Crónica de don Alvaro de Luna*, c. 74, Ed. M. Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1940; *Hechos del Condestable...*, c. 2. PALENCIA: *Op. cit.*, II, I, c. 8.

²⁶ «Hechos del Condestable...», *op. cit.*, cs. 2 y 3, p. 25.

²⁷ PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1413, c. 20.

²⁸ M. GAIBROIS: *Op. cit.*, I, Cuentas CV y CVI; *Crónica de Pedro I*, 1368, c. 4. GUZMÁN: *Op. cit.*, 1413, c. 14; 1436, c. 3 y 1450, c. 1; *Crónica Incompleta*, t. 12. *Crónica de Alfonso XI*, c. 50. VALERA: *Mem. Div. Haz.*, c. 87.

²⁹ M. GAIBROIS: *Op. cit.*, I, 17; *Crónica de Pedro I*, 1354, c. 36; 1366, c. 6, y 1368, c. 4. GUZMÁN: *Op. cit.*, 1412, c. 15. VALERA: *Mem. Div. Haz.*, c. 51. E. DEL CASTILLO:

A mediados del siglo XIV, como estamos viendo, una entrada real era una fiesta todavía muy simple en la que los actos esenciales, cumplidos sencillamente, eran seguidos de regocijos sin complicaciones ni excesos. Todas estas etapas de la fiesta continuaron teniendo lugar en las entradas posteriores, pero los ceremoniales se desarrollaron enormemente a lo largo del siglo XV, como vamos a ver a continuación.

SU CONVERSIÓN EN ESPECTÁCULO

Los festejos y regocijos subrayan este triunfo político, con ritos tradicionales y espectáculos más o menos espontáneos. La entrada real era un desfile³⁰; el rey y su lucido séquito entraban los primeros, montados en caballos con los mismos colores³¹, muy ricamente ataviados³², con paños de oro y seda, bordados con hilos de oro y perlas, por lo menos el rey. El orden del cortejo y los vestidos respondían a un orden estricto de precedencia, lo mismo que las cavalgaduras.

A continuación engrosaban el cortejo los nobles y burgueses de la ciudad, que previamente habían discutido sobre el orden de su aparición según su rango y fortuna, luciendo también ricos vestidos para la ocasión. Un inmenso concurso de pueblo llano seguía a los mencionados. Recorrían todas las calles principales de la población, engalanadas con flores y hierbas, «muchos ramos e junça»³³, arena en las calzadas, recién limpiadas, y las casas con puertas y ventanas adornadas con paños y tapices; obviamente esto servía para que algunos mostraran su riqueza y sus objetos más preciosos con ostentación³⁴.

Esta procesión profana, en el sentido estrictamente político y social, era ya, en ella misma, un espectáculo que atraía como los demás a las muchedumbres y al lujo. Junto a los clérigos y el concejo, los ciudadanos se ordenaban por oficios, como cuando Fernando el Católico entró en Segovia, en 1475, una vez proclamada reina Isabel I³⁵. Generalmente, todos ellos vestían una librea confeccionada para la ocasión, aunque con el tiempo se fue perdiendo esta costumbre, y las

Op. cit., c. 129. PULGAR: *Op. cit.*, 2.^a parte, c. 69. SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, cs. 21 y 58. VALERA: *Cf. cit.*, c. 16. PALENCIA, III, XXIV, c. 3.

³⁰ PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1410, c. 42.

³¹ CARRILLO DE HUETE: *Op. cit.*, c. 100.

³² COLMENARES: *Op. cit.*, II, c. 34; *Crónica Incompleta*, tít. 12. PALENCIA: III, I, c. 4. A. BERNALDEZ: *Memorias de los Reyes Católicos*, c. 10.

³³ CARRILLO DE HUETE: *Op. cit.*, c. 100.

³⁴ CARRILLO DE HUETE: *Op. cit.*, c. 100. PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1415, c. 12.

³⁵ COLMENARES: *Op. cit.*, II, c. 34; *Crónica Incompleta*, tít. 12.

ropas podían ser de los colores de la ciudad y variar de una entrada a otra³⁶

La tendencia a convertir la simple fiesta en una parada brillante se observa también en la acogida del rey con músicas de todas clases, así como en la disposición de numerosos espectáculos en las calles, plazas, delante de las iglesias. Son las «invenciones» y «entremeses», que Lázaro Carreter ha estudiado en relación con el Teatro medieval castellano y que en Europa occidental toman el cariz de «histoires» o «misterios», de variadas inspiraciones³⁷. Dada la circunstancia reconquistadora, las diversiones e «invenciones» que se ofrecían a los reyes castellanos estaban teñidas de un tinte guerrero, más bien de una simulación de combate³⁸. Tanto éstas como los «entremeses» hicieron que la fiesta medieval para las entradas reales, para los triunfos políticos, pasara paulatinamente de simple cortejo a pequeñas representaciones casi teatrales y espectaculares, aunque fueran simples cuadros y personajes sin gestos y sin voz³⁹.

Pero, en el siglo xv, al mismo tiempo que estas novedades desarrollaban en la entrada su lado simplemente espectacular, apareció otra innovación, que honraba al monarca y hacía de la sencilla fiesta de

³⁶ *Crónica de Pedro I*, 1367, c. 35; *Crónica del Rey Don Juan Primero*, 1383, c. 11, Crs. Re. Cast., t. II. E. DEL CASTILLO: *Op. cit.*, 103; *Crónica del Rey Don Enrique III*, 1395, c. 10, Crs. Re. Cast., t. II; *Hechos del Condestable...*, c. 39. P. DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1431, c. 22. C. DE HUETE: *Op. cit.*, 97, 100, 235 y 236. J. HEERS: *Op. cit.*, c. I, pp. 13 a 45.

³⁷ GUENEE: *Op. cit.*, pp. 12 y 25 a 29. HEERS: *Op. cit.*, I, pp. 13 a 45. LÁZARO CARRETER: *Teatro Medieval*, Madrid, Castalia, 1981, pp. 52 a 58. Los misterios franceses tenían una inspiración religiosa, lo que explicaba la participación en ellos de las cofradías: virtudes, pecados mortales, escenas de la vida de Cristo, etc. Pero, al mismo tiempo, se daban temas laicos cuya única misión era divertir y obtener el favor del rey y del público (escenas de caza, etc.); sobre todo los que se destinaban a subrayar la sumisión de la ciudad al rey y exaltar la persona y la dignidad real o a justificar la política de la monarquía.

³⁸ Un buen ejemplo nos lo ofrece la entrada en Jaén de Enrique IV camino de la vega granadina: «Cerca de media legua de la dicha cibdad, salieron los señores de la iglesia mayor, y la justicia y regidores della. Y luego salieron fasta quinientos rocines muy ajaezados e tocados a la morisca e con barvas postizas; los quales trayan unas cañas muy gruesas e unos corchos plateados que verdaderamente parecían lanzas. E así vinieron escaramuzando y echándose lanzas delante. Y desde luego llegó el rey cerca de unas peñas, do nasce el agua de Santa María, descendieron de allí fasta treinta hombres, vestidos e calzados como moras, con panderos e sonajas, dando muy grandes alórbolas. E luego más adelante salieron fasta quatro mill niños en cavallejos de cañas, todos con alcandoras vestidos e tocados con tocas, e sus atabales; e luego fasta otros mill niños con vallestillas de mimbres, en otra batalla, e sus caperuzas. Sin otra mucha gente de ombres e mugeres e espingarderos que estaban fuera de la dicha cibdad. E por los adarves e calles e ventanas, muy muchas dueñas e doncellas. Así entró... con muchas trompetas...» Y después de la cena: «vinieron ocho niños yguales vestidos de unos mantos bordados de llamas, con falsos visajes y danzaron un rato, fasta que su alteza ovo gana de tomar el reposo...» (*Hechos del Condestable...*, c. 18, p. 25). Ver también E. DEL CASTILLO: *Op. cit.*, c. 14. COLMENARES: *Op. cit.*, II, c. 34; *Crónica Incompleta*, tit. 20.

³⁹ HEERS: *Op. cit.*, c. I, pp. 13 a 45.

antes un momento esencial de la vida política del rey. Era un nuevo signo de soberanía, documentado en las crónicas castellanas a partir del reinado de Enrique III: el dosel procesional, el «pallium» latino, que apareció en ciertas monarquías europeas desde finales del siglo XII y principios del XIII, salvo en Francia que no surgió hasta el XIV⁴⁰.

El palio, que solía ser llevado por los regidores a la hora de la entrada, estaba confeccionado con telas preciosas, de diversos colores, con franjas de oro o seda⁴¹; era muy costoso, pero lo que importaba era marcar mediante signos evidentes que estaba destinado al monarca⁴².

Cobijado el monarca bajo el dosel, el gran cortejo penetraba en la ciudad, yendo delante los alguaciles con sus varas bajadas por la presencia del rey, único jefe de toda la ciudad. Tocaban los menestres, las trompetas y repicaban las campanas, mientras que al pasar el monarca los oficiales y caballeros se descubrían gritando ¡Viva el Rey!; llorando de placer, afirma el cronista del Condestable Lucas de Iranzo, cuando entra Enrique IV en Jaén⁴³ y los niños gritando de alegría⁴⁴.

Clérigos y frailes salían a su encuentro, «en la procesión de la yglesia mayor, vien ordenada e muy rrica de ymágenes e de muchas reliquias...»⁴⁵. Llegados a la iglesia mayor, el rey entraba a hacer su oración: «adoró la cruz, e le dixeron su responso e su oración; e después de dicha la oración, pusieron los pendones delante del altar, sobre él... e tomáronlos... e venieron con ellos en la procesión fasta el altar mayor, donde se celebró la misa...», continúa narrando el Halconero de Juan II en el mismo pasaje de su crónica. Otras veces, el monarca simplemente penetraba en el templo y rezaba unos instantes, mientras que todos cantaban el «Te Deum laudamus»⁴⁶. A con-

⁴⁰ COLMENARES: *Op. cit.*, I, c. 27; además, GUENEE: *Op. cit.*, pp. 17 a 20.

⁴¹ M. QUINTANILLA: *Op. cit.*, pp. 29 a 33. SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, c. 14; *Crónica de Alfonso XI*, c. 50.

⁴² Cuando Juan II entró en Toledo en 1431 a su regreso de la vega granadina: «...tenían los alcaldes e regidores un paño de oro clemesión brocado de dos labores, muy rrico, con catorze varas muy largas en las manos, todas blancas argentadas. E por todas las varas descendían desdel paño por cada una vara una flocadura a la redonda en culebreta de oro e de seda clemesyn. E púsose el señor Rey sō el paño» (C. DE HUETE: *Op. cit.*, c. 100). Ver además COLMENARES: *Op. cit.*, I, c. 27; y II, c. 34. PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1413, c. 20. E. DEL CASTILLO: *Op. cit.*, 21 y 76. *Hechos del Condestable...*, c. 3, p. 25. *Crónica Incompleta*, tít. 12. C. DE HUETE: *Op. cit.*, c. 100. PULGAR: *Op. cit.*, 3.^a parte, c. 63. VALERA: *Crónica...*, c. 69. BERNÁLDEZ: *Memorias...*, cs. 10 y 183; ídem, *Historia...*, c. 211. PALENCIA: *Op. cit.*, III, I, c. 4. *Crónica Incompleta*, tít. 23 y 40. M. QUINTANILLA: *Op. cit.*, pp. 35 a 41.

⁴³ *Hechos del Condestable Miguel Lucas de Iranzo...*, c. 39.

⁴⁴ GUENEE: *Op. cit.*, pp. 22 y 23.

⁴⁵ CARRILLO DE HUETE: *Op. cit.*, c. 100.

⁴⁶ PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, c. 55 (prólogo), y 1410, c. 42.

tinuación el cortejo reemprendía el camino hasta los aposentos destinados al rey, donde él y su séquito recibían los presentes y servicios.

En resumen, las entradas del siglo xv eran, sin duda, más ricas que las del siglo xiii y xiv. Primero, simples fiestas, después, espectáculos, y también solemnidades quasi religiosas, las entradas reales llegaron a convertirse a finales del siglo xv en grandes espectáculos donde el sentimiento monárquico era exaltado cada vez más y la política real justificada cada vez mejor. La entrada real era un momento fundamental de la vida política castellana.

En las ciudades italianas, las suntuosas entradas enlazaban con la tradición de la antigua Roma, mediante los arcos de triunfo y los carros llevando al monarca y su séquito. Cuando Fernando el Católico entró en Nápoles en 1506, pasó «por debajo de un arco que le tenían fecho, muy rrico...», cuenta Alonso de Santa Cruz⁴⁷. A Castilla esta costumbre llegó transcurrido un cierto tiempo, por lo que se ve, y ya en 1572 encontramos los arcos triunfales en los grandes preparativos que con motivo de la llegada de doña Ana de Austria (que venía a casarse con Felipe II), se realizaron en Segovia⁴⁸.

LA PRIMERA ENTRADA: SU SIGNIFICACIÓN

Como hemos indicado anteriormente, la primera entrada de un rey en una ciudad gozaba de una gran trascendencia política. Daba lugar a solemnes ceremonias, grandes festejos y enormes gastos, que proclamaban la lealtad de esa ciudad al monarca, el cual se manifestaba entonces en toda su gloria. Era un verdadero triunfo político del rey que hacía presente todo su poder y que recibía de sus súbditos las ceremonias de acción de gracias y de sumisión, de cordialidad y de fidelidad a la manera feudal.

LA PRIMERA ENTRADA EN UNA VILLA RECIÉN CONQUISTADA

En las crónicas encontramos numerosos testimonios relativos a las primeras entradas reales en las ciudades recién tomadas a los moros, si bien ninguno de ellos reúne todos los elementos que conformaban estas entradas.

Una vez entregada la villa, el rey se dirigía desde el «real» o campamento asentado a sus afueras, en procesión, en la que los clérigos y frailes llevaban cruces y reliquias de su capilla; llevaban también

⁴⁷ SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, c. 14. BERNÁLDEZ: *Op. cit.*, c. 211.

⁴⁸ COLMENARES: *Op. cit.*, II, c. 44.

⁴⁹ PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1410, c. 39.

los pendones de la Cruzada, de Santiago y de San Isidoro de León, la bandera de sus armas y el estandarte de su divisa. Iban también todos los Grandes que en la hueste estaban ⁴⁹.

Mientras la procesión se acercaba, los moros salían de la ciudad, con sus bienes, para dejarla libre al conquistador ⁵⁰. Llegados a las puertas, el rey enviaba a sus alféreces que subiesen a la fortaleza, la ocupasen y en sus torres levantasen la señal de la Cruz ⁵¹ y el pendón de las Hermandades ⁵². Ante tal acción, todos hincaban las rodillas en el suelo y adoraban la Cruz, dando gracias a Dios por su bondad al concederles que vencieran a los infieles ⁵³, al mismo tiempo que los sacerdotes cantaban «Te Deum laudamus» y «Gloria in excelsis Deo» ⁵⁴. Tras ello, alzaban el pendón de Santiago, invocando su nombre al verlo ⁵⁵ y el pendón real, ante el cual todo el ejército gritaba «¡Castilla, Castilla!» ⁵⁶. Al oírlo, los cautivos cristianos de la ciudad cantaban con alegría salmos como el «Benedictus Dominus Deus Israel», según cuenta F. del Pulgar ⁵⁷. Los atabales y las trompetas no cesaban de sonar.

Entonces el obispo se dirigía a la mezquita, la cual era bendecida y consagrada a la fe católica ⁵⁸, ante el monarca y su séquito. Se decía misa cantada y predicación, se bendecían los altares y se la bautizaba ⁵⁹. Las advocaciones predilectas eran San Salvador ⁶⁰, Santa María de la Encarnación ⁶¹, sobre todo, con la intención evidente de recalcar la creencia en Jesucristo como Dios hecho hombre, frente a la musulmana que sólo le considera precursor del profeta; y, también, Santo Espíritu, Santiago, San Juan Evangelista, San Sebastián, Santa Cruz, San Andrés, etc.

Isabel la Católica enviaba para todas estas iglesias recién fundadas todos los ornamentos necesarios y objetos para celebrar el culto ⁶²: «E para todas estas yglesias, embió la Reyna cruces é cálices, y en-

⁵⁰ PULGAR: *Op. cit.*, 3.^a ed., cs. 45 y 73. PALENCIA: *Libro VII de la Guerra de Granada*. VALERA: *Crónica de los Reyes Católicos*, cs. 87 y 88.

⁵¹ L. M. SICULO: *Vida y Hechos de los Reyes Católicos*, p. 115, Madrid, Ed. Atlas, 1943. PULGAR: 3.^a parte, cs. 33, 45, 73, 93 y 94. PALENCIA: *Libro VII Guerra de Granada*, y IX. VALERA: *Op. cit.*, cs. 87 y 88.

⁵² BERNÁLDEZ: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, c. 85.

⁵³ SICULO: *Op. cit.*, pp. 115 y 119. BERNÁLDEZ: *Memorias...*, c. 85.

⁵⁴ PULGAR: *Op. cit.*, 3.^a parte, cs. 33, 73 y 94. VALERA: *Op. cit.*, cs. 87 y 88.

⁵⁵ L. M. SICULO: *Op. cit.*, p. 115.

⁵⁶ SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, c. 28.

⁵⁷ PULGAR: *Op. cit.*, 3.^a parte, c. 124.

⁵⁸ SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, c. 28. PULGAR: 3.^a parte, c. 58. SICULO: *Op. cit.*, p. 115.

⁵⁹ PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1410, c. 39.

⁶⁰ PÉREZ GUZMÁN: *Op. cit.*, 1410, c. 39.

⁶¹ PULGAR: *Op. cit.*, 3.^a parte, cs. 33, 45, 58, 73, 93 y 94. PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1410, c. 39. SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, c. 28.

⁶² Antonio de la TORRE y E. A. de la TORRE: *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorerero de Isabel la Católica* (Madrid, CSIC, 1955, dos vols.), I, pp. 92-97, 120, 122, 126, 131, 134, 139, 184, 194; II, p. 24.

censarios de plata, é vestimentas de seda é de brocados, é retablos, é ymágenes, é libros, é campanas, é todos los otros ornamentos que eran nescesarios para celebrar en ellas el culto divino»⁶³.

LA RENDICIÓN DE GRANADA

Es indudable el triunfo político que suponía la primera entrada de los monarcas cristianos, los Reyes Católicos, en Granada después de siglos de ocupación musulmana.

A la luz de las crónicas, Gaspar y Remiro estudió la rendición de Granada, pero se pronunciaba por una revisión⁶⁴. Esta fue realizada por Carmen Pescador del Hoyo, que en 1955 sacó a la luz un documento inédito⁶⁵, conservado en el Archivo Histórico Nacional: era una carta firmada por un tal Cifuentes, de identidad desconocida, para don Alonso de Valdivieso, obispo de León y presidente de la Chancillería de Valladolid. Su valor reside en que como relato privado, no destinado al público, no tiene que ajustarse a la verdad oficial y parece ser que dice la auténtica verdad.

Sabemos, así, que por detrás del acto preparado para hacer de la entrega de la ciudad un acontecimiento solemne, hubo una entrega secreta merced a la cual se garantizaba que tan memorable acontecimiento no sería deslucido por un luctuoso recuerdo. Los cronistas oficiales no podían decir la verdad del hecho por la misma razón de ser secreto entre las dos cortes, la cristiana y la mora. Así, los cronistas Bernáldez, el continuador del Pulgar y Santa Cruz callan o ignoran tan importante hecho, relatando la entrada oficial y pública, bien sola o precedida por algunos datos de la primera cuyo sentido ignoran, bien dándonos una versión de la segunda en la que se han interpolado abundantes datos de la primera⁶⁶.

De esta manera, después de que llegaran al real seiscientos rehenes de los más principales moros de la ciudad, el comendador mayor de León fue enviado para que recibiese secretamente la fortaleza granadina; la expedición secreta salió en la noche del 1 al 2 de enero. Boabdil la recibió en la torre de Comares, que sabemos que era el lugar del trono; allí entregó al comendador Cárdenas las llaves de la

⁶³ PULGAR: *Op. cit.*, 3.^a parte, c. 45.

⁶⁴ GASPAR Y REMIRO: «Entrada de los Reyes Católicos en Granada al tiempo de la rendición», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, núm. 1, 1911, pp. 7 a 24.

⁶⁵ CARMEN PESCADOR DEL HOYO: *Cómo fue de verdad la toma de Granada, a la luz de un documento inédito*, Al-Andalus, vol. XX, CSIC, 1955, pp. 283 a 344.

⁶⁶ BERNÁLDEZ: *Historia de los Reyes Católicos...*, p. 643; continuación de la crónica de PULGAR (*Crónicas de los Reyes de Castilla*, t. III, Madrid, Atlas, 1953), c. 133. SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, cs. 3 y 4.

Alhambra, y le pidió un testimonio escrito de haberla recibido de nombre de los reyes y estar apoderado de ella, para cubrirse las espaldas caso de que ocurriera algún imprevisto.

La entrega de las llaves de una ciudad no aparece mencionada como tal a menudo en las crónicas, salvo en contadas ocasiones⁶⁷. Sin embargo, en las numerosas entradas reales en villas recién conquistadas a los moros, siempre aparecía la figura del alcaide de la fortaleza como la que primero acudía a prestarle sumisión al monarca conquistador.

Pero continuemos con el relato de Cifuentes. Boabdil y sus allegados, tras esto, salieron de la Alhambra hacia la alcazaba, donde esperó la hora de la entrevista con sus vencedores. Cárdenas puso guardias donde convenía, oyó misa allí mismo y avisó a sus monarcas. Estos enviaron al conde de Tendilla a quien se dio la tenencia de la Alhambra.

Para que no se desluciese el festejo del gran acontecimiento, la corte interrumpió el luto que vestía por la muerte de don Alfonso de Portugal, esposo de Isabel, la primogénita de los reyes. A las tres horas de salir del real de Santa Fe llegó el cortejo al arenal del Genil, delante de Granada, donde Fernando y Boabdil iban a entrevistarse. Al parecer, dato curioso, los reyes y muchos caballeros iban vestidos a la morisca. Según unos cronistas, la reina y sus hijos se quedaron en un cerro cercano contemplando la escena de cómo Boabdil entregaba las llaves de la Alhambra y de la ciudad de Granada a Fernando. Mientras otros, que estuvieron todos juntos.

En cuanto al encuentro entre los dos reyes, hay variantes según los cronistas: unos dicen que Boabdil le besó en el hombro, pues Fernando no le quiso dar sus manos⁶⁸; otros, que ni siquiera eso⁶⁹; y otros que solamente mediaron pocas palabras y por intérpretes. La carta de Cifuentes expresa escuetamente que «el rey Moro... salió a besar las manos a sus altezas; al cual recibieron con mucho amor y cortesía»⁷⁰.

Pero el acto más impresionante de la toma de posesión de Granada parece que fue la elevación de la Cruz y ostentación de banderas sobre las torres de la Alhambra. Todas las fuentes centran en él la ceremonia oficial de la rendición y narran la emoción de las personas que lo presenciaron.

⁶⁷ LÓPEZ DE AYALA: *Crónica del Rey Don Pedro, 1366*, c. 6. *Crónica de Juan I, 1383*, c. 11. PULGAR: 2.ª parte, c. 35. BERNÁLDEZ: *Memorias...*, cs. 29, 30 y 102. SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, c. 43.

⁶⁸ SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, cs. 3 y 4. PULGAR: *Op. cit.*, 3.ª parte, c. 133.

⁶⁹ L. M. SICULO: *Op. cit.*, pp. 137 y 138.

⁷⁰ PESCADOR DEL HOYO: *Op. cit.*, pp. 283 a 344.

Como era de esperar, los relatos difieren mucho unos de otros, en detalles y circunstancias. Principalmente discrepan acerca de las personas que realizaron o presidieron el acto y sobre la torre en que flamearon las banderas y estandarte. Cifuentes dice que el conde de Tendilla y otros capitanes de las guardas llegaron a la Alhambra y subieron la Cruz y los pendones real y de Santiago. Los reyes «se apearon a adorar la Cruz, con las mayores lágrimas y devoción del mundo... y todos los otros grandes y cavalleros y gentes que allí estaban, que no avía ninguno que no llorava tan recio de plazer, dando gracias a Nuestro Señor por lo que veían, que non podían resistir las lágrimas...».

El continuador del Pulgar relata que los reyes de armas gritaron «¡Granada, Granada, por los reyes don Fernando y doña Isabel!», y que, vista la Cruz por la reina, los de su capilla que allí estaban cantaron el «Te Deum laudamus»⁷¹.

Bernaldez y Palencia son mucho más sobrios al referir esta escena. Según el primero, fueron el conde de Tendilla y sus acompañantes quienes «mostraron en la mayor altura della é más alta torre, el Rey traía siempre consigo en la Santa conquista. E el Rey e la Reyna é el Príncipe é toda la hueste se humillaron a la Santa Cruz, é dieron muchas gracias é loores a Nuestro Señor, é los arzobispos é clerecía dixieron: "Te Deum laudamus". E luego mostraron los de dentro el pendón de Santiago, que el maestre de Santiago llevaba en su hueste; é junto con él el pendón real del rey don Fernando; e los reyes de armas del rey dixieron ¡Castilla, Castilla! e fizieron allí e dixieron aquellos reyes de armas lo que a su oficio era devido de fazer, é dieron sus pregones»⁷².

2. LAS ENTRADAS REALES EN LOS CAMPAMENTOS

Las grandes entradas reales en los campamentos las encontramos en los testimonios de las crónicas de los Reyes Católicos principalmente. Su trascendencia política y militar es también indudable. Así, cuando Isabel I entró en el real sobre Málaga en 1487, el rey la salió a recibir con sus batallas ordenadas y los grandes nobles, con gran aparato de músicas; «... las gentes de la hueste, con gran plazer, porque su venida les pareció ser alivio de los trabajos pasados, é se esforzaron más para los continuar...» y sirvió para que algunos que

⁷¹ PULGAR: *Op. cit.*, 3.^a parte, c. 133.

⁷² BERNÁLDEZ: *Historia del reinado de los Reyes Católicos*, p. 643.

⁷³ PULGAR: 3.^a parte, c. 78. PULGAR: *Crónica de los Reyes Católicos*, ed. y estudio por J. de Mata Carriazo (Madrid, Espasa-Calpe, 1953, dos vols.), II, c. 208. BERNÁLDEZ: *Historia...*, c. 83.

no habían acudido a la guerra lo hiciesen para servirla, nos relata el continuador del Pulgar. Y Bernáldez añade que «... salió el rey a la recibir muy triunfalmente; é todos los del real pensavan que por la venida de la Reyna se avian de dar los moros...»⁷³.

Por lo que vemos, la presencia de la reina con su séquito infundía grandes ánimos entre todos los integrantes de las huestes reales, posiblemente agotados por los largos asedios. De esta manera, en 1489, el rey y los grandes nobles suplicaron a la reina ardientemente que acudiera al real sobre Baza y Pulgar cuenta que «... la venida de la Reyna al real fue con plazer común de todos; especialmente porque como las gentes estaban enojadas, deseaban ver cosas nuevas, é creían que su venida traería tal novedad, que el cerco que había durado seis meses, con grandes trabajos é peligros, habría algún buen fin...; después que esta Reyna entró en el real, pareció que todos los rigores de las peleas, todos los espíritus crueles... todas las intenciones enemigas e contrarias cansaron é cesaron, é pareció que amansaron...»⁷⁴. Bernáldez añade otro motivo más: «todos los del rreal fueron muy alegres y esforzados, porque en pos de sí llevaba siempre muchos mantenimientos é gentes; é se haría más aina el partido con los moros...»⁷⁵.

Las entradas reales en los campamentos también eran notificadas previamente como era lógico. Cuando Juan II obtuvo la victoria de la Higuera en 1431, envió a su halconero mayor y a sus capellanes al real para «que fuesen a recibirlo con la procesión fasta la puerta del palenque, por donde había salido a la batalla»⁷⁶.

Todo debía estar preparado para recibir a la persona real con el honor que le correspondía. «Grandes aparejos, ansí de gentiles tiendas e tapicería como de baxillas de plata blanca e dorada, e todas las otras cosas necesarias al servicio de tan alta princesa», dispuso el marqués de Cádiz en el real sobre Loja en 1486 para recibir a Isabel I.⁷⁷

Cuando se aproximaba el monarca, salían todos los capellanes y prelados en procesión, con las cruces altas y cantando «Te Deum laudamus» y otros himnos; cuando llegaban a él descabalgaba y adoraba la cruz⁷⁸, dirigiéndose después, con alegría de todos, a sus tiendas⁷⁹.

⁷⁴ PULGAR: 3.^a parte, c. 121.

⁷⁵ BERNÁLDEZ: *Memorias...*, c. 92, e *Historia...*, c. 93.

⁷⁶ CARILLO DE HUETE: *Op. cit.*, c. 90.

⁷⁷ VALERA: *Crónica de los Reyes Católicos*, c. 68.

⁷⁸ Lope de BARRIENTOS: *Op. cit.*, LXV. PÉREZ DE GUZMÁN: *Op. cit.*, 1431, c. 19.

⁷⁹ Merece la pena reflejar aquí el testimonio de Andrés BERNÁLDEZ (*Memorias del reino de los Reyes Católicos*, c. 80) sobre la entrada de Isabel I en el Real de Illora, una vez tomada ésta: «Traía consigo, dejando la gente que la fué a recevir, hasta quarenta cavalgaduras, en que avia fasta diez mugeres. El recevi-

Por el camino hallaba todas las batallas ordenadas para hacerle los honores correspondientes, con los pendones, y todos los grandes ricamente ataviados, bajándose todas las banderas a su paso⁸⁰. Tras lo cual, el monarca se dirigía a sus tiendas, donde iba a estar lujosamente aposentado, según era debido a su dignidad.

Las entradas reales en los campamentos eran, pues, verdaderos acontecimientos políticos y militares, de enorme importancia, en los que se infundía ánimo a las huestes, se las aliviaba materialmente

miento que les fué fecho fué muy singular, en que salieron al camino los primeros el duque del Infantadgo, (...), muy poderoso e muy pomposo, e el pendón de Sevilla e su gente, e el prior de San Juan, hasta una legua e media del real. E púsose una batalla a la mano izquierda del camino por donde ella venía; todos bien aderezados, como para pelear. E como la reina llegó, fizo reverencia el pendón de Sevilla, e mandólo pasar a la mano derecha. E como la recibieron, salió toda la gente delante, con mucha alegría corriendo a todo correr; de que su Alteza ovo muy gran plazer. E luego vinieron todas las batallas e vanderas del rreal a le fazer recebimiento, todas las vanderas se abaxavan cuando la reina pasava.

E luego llegó el rey con muchos Grandes de Castilla a la recevir; e antes de que se abraçasen se hizieron cada tres reverencias, en la que la reina se destocó e quedó en cofia, el rostro descubierto; e llegó el rey e abrazóla e besóla en el rostro. E luego el rey se fué a la infanta su hija, e abrazóla e besóla en la boca, e santiguóla.

Venía la Reyna en una mula castaña, en una silla de andas guarnecidas de plata dorada; traía un paño de carmesí de pelo e las falsas riendas e cabeçadas de la mula eran rasas, labradas de seda, de letras de oro entretalladas, e las orladuras bordadas de oro; e traía un brial de terciopelo, e debaxo unas faldeas de brocado e un capuz de grana vestido guarnecido, morisco, e un sombrero negro guarnecido de brocado al derredor, de la copa e rruedo. La infanta venía en otra mula castaña, guarnecida de plata blanca, e por orladura bordada de oro; e ella vestido un brial de brocado negro e un capuz negro, guarnecido de la guarnición del de la Reyna. El rey traía vestido un jubón de clemesin de pelo, con quixote de seda rasa amarillo; encima un sayo de brocado e unas corazas de brocado vestidas e una espada morisca ceñida, muy rica, e una toca e un sombrero, e en cuerpo en una cavallo castaño muy jaezado.

Los atavíos de los Grandes que ay estaban eran muy maravillosos e muy ricos e de diversas maneras, assí de guerra como de fiesta, que sería muy luengo de escrevir.

Allegó el conde de Inglaterra luego, en pos del Rey a hazer recebimiento a la Reyna e a la infanta, muy pomposo e en extraña manera, a la postre de todos, armado en blanco a la guisa, encima de un cavallo castaño con los paramentos fasta el suelo, de seda azul, e las orladuras, tan anchas como una mano, de seda rasa blanca, e todos los paramentos estrellados de oro, enforrados en cebtí morado; é el traía sobre las armas una ropeta francesa de brocado negro raso, un sombrero blanco francés con un plumage; e traía en el braço izquierdo un broquete redondo a vandas de oro... e traía consigo cinco cavallos encobertados con sus pajes encima, todos vestidos de seda e de brocado... E así llegó a fazer reverencia e recebimiento a la Reyna e a la infanta, e después al rey; e anduvo un rato festejando a todos encima de su cavallo, e saltando muy concertadamente, mirándolo todos los grandes e toda la gente, e a todos paresció muy bien. E desto sus Altezas ovieron mucho plazer. E así vinieron fasta las tiendas reales donde la Reyna e su hija fueron muy bien aposentadas, e las damas e señoras que las acompañavan en este viaje.»

⁸⁰ VALERA: *Op. cit.*, cs. 68 y 80. BERNÁLDEZ: *Memorias...*, c. 80. PULGAR: *Op. cit.*, 3.^a parte, cs. 78 y 121. PULGAR: Ed. Mata Carriazo, II, c. 108. SANTA CRUZ: *Op. cit.*, II, c. 49.

(mantenimientos, refuerzos, etc.) y se les ofrecía un brillante espectáculo que les recordaba el poder y la grandeza de los soberanos a los que servían.

Rosana DE ANDRÉS DÍAZ
(*Universidad de Madrid*)